

LA MUSICA EN "LA LEYENDA DE JUAN DE ALZATE", DE PIO BAROJA

«Para nosotros, los entusiastas de esta tierra, es el país del Bidasoa como una canción dulce, ligera, conocida, siempre vieja y siempre nueva».

Cuando Pío Baroja escribió en 1922 «La Leyenda de Juan de Alzate», él mismo reconocía que por aquella época su imaginación estaba algo cansada. No se encontraba en un buen momento ya que acababa de salir de

una grave enfermedad y estaba impresionado por la muerte de un niño, sobrino suyo.

Baroja dirá al comienzo de esta obra, directamente, cuáles fueron sus propósitos al escribirla. Y también presenta ya en las primeras líneas al héroe, a Jaun de Alzate, es decir al señor de Alzate, y no a Juan de Alzate como leemos en no pocos lugares. Este héroe refleja mu-

chas de las experiencias del propio autor que, de alguna manera, también fue, siglos más tarde, señor de Alzate. El nombre de Alzate tiene muchas vinculaciones con la familia Baroja. Don Pío llevaba este apellido en sexto lugar y se preocupó tanto por la etimología como por la genealogía del mismo. Pero con independencia de esto, conviene recordar que en 1912, Baroja, cansado de vivir siempre en Madrid, decidió comprar un caserón viejo en el campo, no lejos del mar y adquirió «Itzea», en el barrio de Alzate de Vera de Bidasoa. «Itzea» antes solar de los Alzate, sería después su hogar.

Pero hay algo más de Baroja en Jaun que el apellido y que la localización de su casa, porque Jaun encarna diversos aspectos de la personalidad, ideas, y convicciones de su autor. Encarna, en suma, su postura vital.

El conocimiento de Jaun permite adentrarnos en algunas facetas del modo de ser barojino y un análisis de esta naturaleza lo insinúa el propio Don Pío cuando afirma «que lo interesante es descubrir el temperamento del escritor entre las frases de sus personajes». Baroja encarna a Jaun, como lo hizo antes con Zalacain, una serie de rasgos distintivos de la raza vasca. Jaun y Baroja vivirán parte de su existencia en Vera. Jaun es un hombre contradictorio a ratos, pero uno de los aspectos más destacables de su personalidad es su gran curiosidad por las cosas, el ansia de saber sin doblar la cerviz ante los grandes dogmas y eso que cuando conocemos a Jaun es un personaje ya maduro (Baroja también tenía casi cincuenta años al escribir la novela) y un tanto sedentario. En la soledad de su hogar se deja atrapar por el afán de saber, estudia todas las ciencias y durante casi quince años su vida se convierte en un peregrinar por el mundo en busca de la verdad que, naturalmente, no encuentra. Antes el Señor de Alzate había vivido una juventud aventurera con la que Baroja —menos afortunado— se contentó con soñar. En su madurez se entrega al estudio. Baroja no abandonará nunca el trabajo.

Ya centrándome más en el tema de estas líneas tengo que referirme a lo que un crítico musical importante, Federico Sopena, en su artículo titulado «La Música en las «Memorias» de Baroja» dice: «Lo realmente impresionante en las «Memorias» de Baroja es la unión indisoluble entre su vida y la canción». Y esta afirmación es muy cierta porque la música ejerció sobre Baroja una gran atracción y siempre se sintió muy familiarizado con ella. Sin ir más lejos, en las imprentas de los Baroja en San Sebastián se imprimieron en la primera mitad del s. XIX muchas de las partituras de las canciones que eran interpretadas en las fiestas populares guipuzcoanas. Y esto tanto en la imprenta de su abuelo Pío, como en la de su tío-abuelo Ignacio Ramón. La afición por la música era algo que Baroja compartía con sus familiares. El autor recuerda las habaneras que cantaba su padre cuando él era todavía un niño, e incluso las letras que escribió en euskera para la música de «El Iriyarena», o aquella romántica canción «Adios damari esan da». Baroja aprovecha cualquier ocasión para incluir toda clase de canciones en sus «Memorias», resultando sorprendente el hallar en ellas una variedad tan extensa: zarzuelas, operetas, habaneras, coplas de soldados, polcas, jotas, zortzikos, villancicos, etc. Todas estas canciones aparecen también en muchas de sus novelas. Pero además de insertar estas canciones, Baroja se ha referido a la música en algunas de sus obras. En «El País Vasco» incluye una serie de «Divagaciones sobre la música vasca» y dice en-

tre otras cosas: «De la música vasca creo que no se sabe nada. Yo que no tengo ningún conocimiento especial de esta cuestión supongo que en la música del país debe haber habido varias influencias; una de ellas muy importante parece ser el canto gregoriano. Hay canciones vascas que tienen todo el aire de un coro de iglesia».

Más fuerza y más calor tenían las afirmaciones que incluía en su «Juventud, egolatría, etc.» Claro es que se referían a opiniones del Baroja joven —si es que alguna vez lo fue—. Para Baroja, la canción popular «es la que lleva más sabor de la tierra en que se produce», y continúa: «La canción popular lleva como el olor del país en que uno ha nacido; recuerda el aire y la temperatura que se ha respirado; es todos los antepasados que se le presentan a uno de pronto. Yo comprendo que la predilección es un poco bárbara; pero si no pudiese haber más música que una u otra, la universal o la local, yo preferiría ésta: la popular».

Este mundo musical será incluido de modo desigual en sus obras. Las canciones de matiz más político o las coplas de soldados de las guerras carlistas aparecerán con más profusión en las novelas como «Zalacain el aventurero», y las que pertenecen a la serie de Aviraneta. Las canciones populares vascas predominan en obras de ambiente vasco. No quiero decir con esto que las anteriores no participen de este ambiente, pero lo cierto es que en «La Leyenda de Jaun de Alzate» aparecen canciones muy diversas.

Alternan en ella las canciones festivas y báquicas con los villancicos o «artzai kantak». Todas ellas son vascas a excepción del romance del mendigo. Y ello es lógico en una obra de estas características porque la ambientación así lo exigía. Sin embargo los anacronismos a que el autor hace referencia al comienzo de la obra afectan, probablemente, también a las canciones. Se desconoce la antigüedad de algunas de ellas y, por otra parte, otras están registradas en fecha posterior a la ambientación de la obra. No es este el caso de la que aparece en la página 91 y que se transcribe a continuación. Es una canción perteneciente a la colección de las de peregrinos y que se salvó del paso del tiempo. Esta canción que Baroja recoge también en «El País Vasco» recuerda y retrotrae al lector a las épocas en que nuestro país era recorrido por peregrinos de camino a Santiago.

PELEGRINVAK

Por otro lado, las propias del solsticio de invierno y las de Navidad que se alternan en la «Leyenda» se podrían encuadrar bajo el título de «Artzai – Kantak», es decir, cánticos de pastores o villancicos. En un momento de la obra hay un gran ambiente por la celebración de estas fiestas en Easo. En él proliferan los cantos propios de esta época.

Estas canciones tienen un sentido especial para Baroja quien guardó una vivencia muy emotiva de la Navidad que constituyó, en palabras del autor: «una de las impresiones más fuertes de la primera infancia». Refiriéndose a la canción de la pág. 102 dirá en sus «Memorias»: «Alguna de estas canciones todavía, al oírlas de viejo, me dan ganas de llorar, por su sencillez y su ingenuidad, como la que transcribo en «La Leyenda de Jaun de Alzate», y que dice así:

«Ay, au egunen zoragarriya! Au alegriya pechuan! Jartzac guerrico Josi berriya,	chapel garbiya buruan capoy para escuan onlaco gaba santuan».
--	--

(¡Ay, que día tan enloquecedor! ¡Qué alegría en el pecho! Pon el cinturón recientemente cosido, el sombrero nuevo en la cabeza, dos pares de capones en la mano para una noche tan santa.)

En cuanto al villancico de la pág. 101, «Artzai buru txuri bi» (Dos pastores de blanca cabellera), se estima de primeros del s. XVIII, procedente de Segura y es eminentemente pastoril.

«Artzai buru zuri bi
Anthon eta Peru
Belengo portalera
Etorri zaizqui gu
Zartudira barrena
Manuelcho en gana
Presente egindiyote
Arcumecho bana»
(Dos pastores de blanca cabellera,
Antón y Peru
al portal de Belén,
nos han venido.
Han entrado
donde Enmanuel
y le han ofrendado
un corderito cada uno).

Este villancico se cantaba con la misma melodía del que señalo a continuación, según afirma Iñaki Linazasoro en «La Navidad en Guipúzcoa».

AUR EDER BATEN BILLA

Tpo. de Zortziko

AUR EDER BATEN BI-LLA GABIL TZA ZO-RA

TZEN — TAI- ZA- RRAK E SAN DI- GU

GAL DE TZE KO E- MEN. — JAUN-GOI KO A- REN

E- RRI. MAI TE JE- RU- SA LEN. —

E-SAN ZAI-GU-ZU LAIS-TER JE-SUS NUN JA-YO

DEN — LAIS-TER JE-SUS NUN JA-YO DEN —

En cambio no he encontrado datos que se refieran al villancico «Arratz gozoa», que aparece en la página 103.

Entre las canciones vinculadas con el período próximo al solsticio de invierno, figuran las relacionadas con «Olentzero». Convendría señalar que la extensión del culto de «Olentzero» en el País Vasco es pequeña y prácticamente está limitado al territorio fronterizo. Es posible que a ello contribuyera que el resto del País, más cristianizado, se opusiera el paso del culto de «Olentzero».

Existen diferentes versiones de las canciones de «Olentzero» que se corresponden con las diferentes personalidades con las que se conoce a este personaje en la historia. «Olentzero», importante en la sociedad vasca pre-cristiana, es ridiculizado posteriormente y presentado a las gentes como un bruto, o, incluso, como un ogro. Esta interpretación es la que aparece en la página 93:

Olentzero, buru aundia
entendimentu gabia.
Bartarratzean
edan omen du,
amar arruako zagia.
Ai, urde tripa aundia!

(Olentzero cabezón / sin entendimiento / ayer por la noche / parece que ha bebido / un pellejo de diez arrobas / ¡Oh, cerdo barrigudo!)

Orra, orra, gure Olentzero, pi-

por tzean du lu e-se ri tu da go; ka-

poiak ba di tu, a rraultzaxoa kin, bi-

ar merendatze ko sa gar do a re kin.

Orra, orra
gure Olentzero,
pipa ortzean dula
eserita dago.

Kapoiak ba ditu,
arraultzatxoakin,
biar merendatze ko
sagardoarekin.

(He ahí, he ahí / nuestro Olentzero / con la pipa entre dientes / está sentado. / Ya tiene capones / con huevos / para merendar mañana / con acompañamiento de sidra).

Pero también recoge «La Leyenda de Jaun de Alzate» la figura de «Olentzero» cristianizado, con lo que advertimos una superposición de tradiciones: la cristiana sobre la pagana. No hay que olvidar que en la novela de Baroja, este texto es cantado en la iglesia de Easo durante la Navidad:

Olentzero joan zaigu mendira lanera,
 intentziyuarekin ikatz egitera.
 Adu duan nian Jesus jaio dala,
 laisterka etorri da berri ematera.

Olentzero joan zaigu mendira lanera, intentziyuarekin ikatz egitera.

Adu duan nian Jesus jaio dala, laisterka etorri da berri ematera.

Lo cierto es que el tema del «Olentzero» ha sido tratado por Baroja en muchas de sus obras. No sólo en sus «Memorias», sino también en el «El País Vasco», «Las inquietudes de Shanti Andía», etc. Se nota, sin embargo, que en una obra, como «La Leyenda de Jaun de Alzate» donde las alusiones a la brujería y a la magia son abundantes, no hay canciones de este género. Probablemente ello obedezca a que fueron objeto de persecución y perduraron pocas. Aún cuando aquéllas que poseen un carácter anticlerical pudieron haber sido originadas y transmitidas en reuniones de ese tipo. En cualquier caso, son características y reflejan muy bien el carácter anticlerical de Baroja y precisamente, revisando el cancionero de Azkue, he encontrado una de las frases de Baroja que pusieron algo nervioso a este sacerdote y le llevaron a repudiar por espúreo a Don Pío. La frase, extraída de «El Liberal» decía: «Cuando pienso en el cristianismo, me vienen a la imaginación los ghettos, la escrófula, la sarna y los frailes» (16/12/1917).

Dentro de este tipo de canciones incluiré la siguiente:

«Ay au fraile picarua galdu biardu mundua, Precisamente naidu bela Nescatillen zancua» (Pág. 208).

(Ay! qué pícaro fraile va a perder el mundo!, dice que quiere precisamente las piernas de una muchacha).

Otra de las canciones que pertenece a este apartado sería la titulada «Iru xito» (Iru xito), pág. 310. Conviene aclarar que, en su origen, esta canción no parecía contener las alusiones clericales que cita Baroja en su obra. Comparemos ambas:

— Variante de la canción en «La Leyenda»

«Iru chitu izan ta Eta lau galdu ¿Nere chituaren ama Zeñec jan du? Acheriyac jan diyo lepoa

Eta erretore jauna troncoa».

(¿Tener tres pollitos y perder cuatro! ¿Quién ha comido la madre de mis pollos? La zorra le ha comido el cuello y el señor Rector el tronco».

Iru xito izan eta lau galdu, nere xitoaren ama ¿zerk jan du? Xitoaren ama oiloa, axeriak kendu dio lepoa.

Iru xito izan eta lau galdu, nere xitoaren ama ¿zerk jan du?

Xitoaren ama oiloa, axeriak kendu dio lepoa.

(A la gallina, la madre de los pollitos, la zorra le ha quitado el cuello).

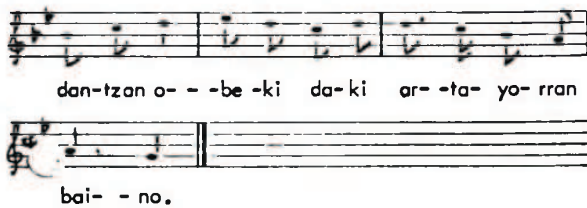
Existe también en «La Leyenda de Jaun de Alzate» aquellas canciones que a menudo los campesinos vascos interpretaban mientras trabajaban en las tareas del campo. Hay algunas muy características del caserío, de las fiestas, romerías, etc. La titulada «Baratzako pikua» (Las higueras de la huerta), pág. 30 es una de las canciones más populares y conocidas:

«Baratzako pikua Iru chorten ditu Nesca mutil zalia Ancac arinditu Ancac ariña eta Burua ariñago Dantzan obeto daqui Arto jorran baño ¡Ay, Ene! ¡Nic ere nainuque! ¡Ay, Ene! ¡Zuc naibazenduque!

(Las higueras de la huerta tienen tres ramas: la chica aficionada a los chicos mueve las piernas; las piernas muy ligeras y la cabeza más ligera aún, mejor sabe bailar que escardar el maíz. ¡Ay Ene! ¡Si tu quisieras!).

Esta canción fue recogida por el P. Donostia en diferentes localidades navarras como Irurita, Larrainzar y Lecaroz y también en San Sebastián. Por tanto existen numerosas variantes:

Baratzako pikua Iru chorten ditu Nesca mutil zalia Ancac arinditu Ancac ariña eta Burua ariñago Dantzan obeto daqui Arto jorran baño ¡Ay, Ene! ¡Nic ere nainuque! ¡Ay, Ene! ¡Zuc naibazenduque!



Otra canción dentro de esta línea, es la primera que aparece en «La Leyenda», precisamente en una escena de la danza. En ésta, lo mismo que en la anterior, se hace hincapié en la agilidad y ligereza de las piernas de la gente joven. La canción se titula «Zagarra, lori, lori» (La manzana florece o en el tiempo de la manzana), pág. 19 y su melodía es la misma que la que se transcribe a continuación con el título «Arrosa, lore, lore». El padre Jorge de Riezu de cuyo libro «Nafarroa-ko Euskal-Kantu Zaharrak» he tomado esta partitura, señala que esta canción fue recogida en el año 1919 en Muzquiz (Imoz, AN), por el padre Modesto de Lecumberri quien en sus anotaciones señaló: «para bailar las neskas al son de la pandere-ta». También hay que señalar que sólo la primera estrofa procede de Muzquiz, pues las restantes proceden de otros lugares, Oiz, entre otros.



1. Arrosa lore lore denbora denian:
gaztiak anak arin soinua denian.

La rosa florece a su tiempo: los jóvenes, al sonar la música, piernas ligeras.

2. Irulea naiz eta killua gerrian:
zu baino maitiago badituz errian.

Hilandera soy, con la rueca en la cintura: ya tengo en el pueblo otros a quienes quiero más que a ti.

Baroja que no era un escritor muy atraído por el mundo de la infancia, incluye también una canción propia del mundo infantil. Y curiosamente la canción no coincide con la aparición de Bihotz, que hubiera sido lo más coherente. Recordemos que Bihotz es el hijo de Jaun y de la Pamposha y que en la novela muere, lo mismo que un sobrinito de Baroja en la época en que escribió esta novela. Baroja pone esta canción de niños en boca de uno de los seres más inocentes de la obra, del loco, del poeta Shaguit, que quizá represente, en parte, la mentalidad de

su creador. La canción se titula «Arre arre, mandoco» (pág. 57)

«Arre, arre, mandoco; Zapata eta gerrico
Biyar Iruñaraco ¿Oc guciac norentzaco?
¿Andic cer ecarriko? Gure aur politarentzaco».

(Arre, arre, mula! Mañana irás a Pamplona. ¿De allí qué me traerás? ¿Zapatos y un cinturón. ¿Todo eso, para quién? Para nuestro niño, el más bonito.

Otra variante de esta canción es la que señalo a continuación que fue recogida en Ochagavía (Salazar, AN) por el P. Donostia en 1944.



Arre, arre, macho. Mañana a Pamplona; pasado mañana a Sangüesa. ¿Qué vamos a traer de allí? Un anillo para el dedo; una boina para la cabeza; unos zapatitos para los pies.

Lógicamente aparecen en la novela las canciones propias de la taberna, las canciones báquicas, que son abundantísimas en el repertorio del País Vasco. Ello responde, sin duda, a la mentalidad del país. No es necesario insistir en la importancia que tiene para los vascos una buena cena o la degustación de unos buenos caldos, cada vez más escasos. Sin embargo, e incluso conociendo algunas de ellas, no he encontrado datos sobre las mismas. La consulta realizada en el «Cancionero» de Azkue nos lleva a comprobar la existencia de abundantes canciones de este género. Dentro de este apartado se puede incluir las que aparecen en las págs. 113 y 115 de la novela. Por último quisiera referirme a la única canción en castellano que figura en «La Leyenda de Jaun de Alzate»:

«Cuando el ángel San Gabriel
Vino a darnos la embajada
Que María electa es
Al punto quedó turbada.
María le dijo: Esclava soy yo
Del Eterno Padre,
Que a mí os envió».

En la novela, esta canción la interpreta un mendigo acompañándose de una guitarra. Ahora bien, también en esta ocasión Baroja incluye datos tomados de la vida

real, puesto que en sus «Memorias» he encontrado estas líneas que me resultan interesantes: «Al volver del hospital a la calle Liria, donde vivía, solía pararme en otra calle ante un ciego que cantaba lo que se llamaba la «Oración» con gran estilo. Yo le escuchaba con gusto, la primera copla de su canción acompañada del runrún de la guitarra, se armonizaba muy bien con las callejuelas estrechas, sucias y mal iluminadas de aquella parte de la ciudad».

Estos recuerdos pertenecen a la época en que la familia Baroja se trasladó a Valencia, ciudad en que el escritor perdería a su hermano Darío un día de febrero de 1894. Por entonces Baroja acabó, con algunas dificultades, su carrera de médico. Algún tiempo después Baroja volvía al País Vasco, a Cestona, donde como él mismo dijo: «empecé a sentirme vasco, y recogí este hilo de la raza que ya para mí estaba perdido».

Beatriz Monreal Huegun

**Pr^{ta} Agregada de Literatura Española
del Instituto de Bachillerato de Rentería**

